

FERNANDO DELAGE

Desarrollo, crisis y reforma: el fallido “fin de la historia” en Asia

El desarrollo económico experimentado por los países de Asia Oriental fue percibido por muchos como un “milagro”. La crisis financiera desencadenada en Tailandia en julio de 1997 se extendió en menos de un año por toda Asia, y se transformó rápidamente en recesión económica, en crisis social y política. Según Delage, hay tres aspectos de esta crisis que marcan un punto de inflexión histórico: el comienzo de una nueva fase en el capitalismo global, el paso de la era del desarrollismo a la de la reforma en Asia, y un nuevo orden de relaciones internacionales y de seguridad en la región.

Fernando Delage es subdirector de la revista *Política Exterior*.

El “corto” siglo XX (1914-89) terminó con dos procesos históricos fundamentales: el fin de la guerra fría y la emergencia de Asia Oriental. Con la caída del muro de Berlín y la desintegración de la URSS se cerraba una larga etapa de Occidente: la del mundo creado como consecuencia del impacto de la revolución soviética. El rápido crecimiento económico de los países asiáticos, por su parte, transformaba una concepción básicamente occidental de la historia.

El fin de la guerra fría parecía dar paso a un nuevo siglo, centrado en el Pacífico. La emergencia de Asia implicaba un desplazamiento del equilibrio mundial, según se desprendería de las cifras de crecimiento, comercio e inversiones, pero también de población y capacidad tecnológica y militar. A través de la región se extendían la prosperidad económica y la estabilidad política, mientras que las maduras economías de Occidente parecían encaminarse hacia el declive industrial y la pérdida de competitividad. Junto al desafío económico, los países occidentales comenzaban a percibir además sus implicaciones políticas, al observar que las

La crisis no puede llevar a la conclusión de que el crecimiento asiático ha sido un espejismo.

naciones de Asia constituían el mejor ejemplo de la transformada naturaleza del poder internacional, del paso —según la fórmula ya célebre— de la geopolítica a la geoeconomía.

Como en el caso de la URSS, también concluía un ciclo. Asia llegó tarde a la revolución industrial y, por esta razón, su historia moderna se desarrolla casi en su totalidad en el siglo XX. Así, su ascenso al centro de gravedad del equilibrio mundial significaba que “había llegado”, que había “alcanzado” a Occidente, objetivo primordial de la estrategia de modernización seguida desde el fin de la segunda guerra mundial. Como en Europa, también aquí podía en cierto modo mantenerse que Asia había llegado al fin de la historia, en el sentido hegeliano de la formulación. Su desarrollo era vivido como un logro histórico esencial, como una parte decisiva de la respuesta que tenía que dar a Occidente para anunciar su definitiva autonomía. Su dinamismo había devuelto el orgullo a un continente largamente amenazado por la dependencia y la pobreza. Ese orgullo era aún más vivo por tratarse de un triunfo colectivo, lo que le daba al mismo tiempo un contenido nacionalista y antioccidental. Pero, como la crisis ha recordado, la modernización es un largo proceso evolutivo que no puede lograrse en el lapso de una o dos generaciones.

El desarrollo económico de Asia oriental en el último tercio de nuestro siglo ha sido definido por muchos como un “milagro”. Se prescindía de la continuidad histórica que permitía valorar en su adecuada perspectiva ese éxito —así como los peligros que derivaban de una estrategia excesivamente economicista y desequilibrada social y políticamente— y Asia era vista como el futuro del mundo, como la potencia dominante del próximo siglo. En menos de un año, la crisis financiera desencadenada en Tailandia en julio de 1997 se extendía por toda Asia y se transformaba en recesión económica, en crisis social y política. La mayoría de los países asiáticos viven los peores momentos desde su independencia y los mismos elementos que hasta entonces explicaban su éxito son ahora considerados como responsables del desastre.

La crisis obliga a una pausa para la reflexión. De la multitud de aspectos que presenta, hay tres que marcan un punto de inflexión histórico: el comienzo de una nueva fase en el capitalismo global, el paso de la era del desarrollismo a la de la reforma en Asia, y un nuevo orden de relaciones internacionales y de seguridad en la región.

Límites de la globalización

La crisis no puede llevar a la conclusión de que el crecimiento asiático ha sido un espejismo. A medida que se suceden los análisis, resulta cada vez más claro que sus causas son tanto externas como internas. A las causas estructurales —escaso desarrollo institucional, nula transparencia y estrechas relaciones entre poder político y mundo empresarial— se suman otras relacionadas con una precipitada desregulación financiera, lo que plantea algunos interrogantes de alcance global y no sólo regional. La tormenta monetaria asiática es la primera crisis de la globalización y ha acabado con el entusiasmo que ésta había despertado en la última década.

La principal lección de la crisis vale tanto para el sistema financiero internacional como para los regímenes asiáticos: la economía nunca puede sustituir a la política. Como consecuencia de haberse olvidado este principio elemental, el mundo está pagando el precio de un concepto erróneo de la globalización. Ante la falta de mejores paradigmas con los que entender las transformaciones contemporáneas, se daba por hecho que, ante la creciente e irreversible integración económica entre los países, la única forma que tendrían los gobiernos de sobrevivir consistiría en hacer lo que demandan las fuerzas del mercado. No habría más alternativa que seguir los imperativos de la economía global, en esa concepción de un mundo en el que la política apenas importa.

No casualmente, la globalización así definida coincide con un determinado modelo económico: el angloamericano. Estados Unidos ha encontrado en la ideología de la globalización la manera de mantener su influencia internacional y conseguir algunos de sus objetivos de política exterior. Así, la consolidación de un mercado mundial libre de toda regulación propiciaría la extensión de la democracia, un objetivo esencial de la administración Clinton. Naturalmente, el entusiasmo norteamericano por la globalización descansa en su posición de única superpotencia —también el Reino Unido defendió antes de la primera guerra mundial una progresiva integración de los mercados por las mismas razones—. El problema es que la globalización ha encontrado los límites de su bondad en los mercados financieros y que, en tiempos de crisis, lo que la única superpotencia llama globalización, los países emergentes la definen como hegemonía.

Después de la derrota del comunismo y de la crisis asiática, Estados Unidos ha creído que no había más opción que su modelo (no en vano denominado “consenso de Washington”) y ha defendido una liberalización a toda costa de los mercados, sin ningún tipo de limitaciones políticas. Los países asiáticos saben muy bien, porque en ello han basado su estrategia de crecimiento, que el libre comercio es un medio para alcanzar riqueza y poder. Pero saben también que, cuando no han completado su desarrollo y están sujetos a graves desequilibrios socioeconómicos internos, una apertura sin ningún tipo de control puede ser una amenaza para su estabilidad política. Habiéndose beneficiado enormemente de su apertura al comercio exterior, la globalización de los mercados de capitales ha destruido en un año buena parte de lo conseguido en tres décadas.

La ilusión de que los mercados hacen la política es extremadamente peligrosa. El determinismo, en la economía como en otros campos, puede producir errores y uno de ellos ha resultado fatal: la convicción de que no hay otras alternativas. Porque ha sido la imposición de la desregulación, específicamente en el sector financiero, el elemento clave en el desencadenamiento de la crisis. El won coreano sólo se vino abajo después de que Seúl accediera a las presiones para abrir su mercado nacional de capitales. Lo mismo ocurrió con las monedas de Tailandia o Indonesia. La liberalización precipitada de los sistemas financieros nacionales sin prestar atención a la existencia de una adecuada regulación del sector es prueba de una enorme irresponsabilidad, tanto por parte de esos gobiernos como de las organizaciones internacionales que lo defendieron. Pero pone de relieve que lo que se hundió no fue un supuesto modelo asiático, sino países que, por la presión exterior e interior derivada de una concepción “ortodoxa” de la globalización, aban-

*La ilusión de
que los
mercados
hacen la
política es
extremada-
mente peli-
grosa.*

donaron repentinamente un elemento clave de su estrategia de crecimiento. Sirva como dato ilustrativo el hecho de que en 1996, para acceder a la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) y mostrar su madurez y ortodoxia económica, Corea del Sur abolió su Economic Planning Board, inspirado en el célebre Ministerio de Comercio Internacional e Industria (MITI) japonés y centro de todas las decisiones de su política de desarrollo. Si Taiwan y Singapur han superado la crisis, se debe en parte a haber resistido a esas presiones y liberalizar sólo cuando se han dotado de la infraestructura normativa y de control que exige esa nueva fase en sus economías.

Los efectos de la liberalización de los mercados financieros han cogido a todos por sorpresa. Como ha dicho el presidente de la Reserva Federal de Estados Unidos, Alan Greenspan, la globalización de las finanzas parece facilitar “la transmisión de los problemas con mayor rapidez que nunca”. Pero ya México ofreció en 1994 algunas lecciones, aparentemente desoídas. El Fondo Monetario Internacional (FMI), que ha sido la punta de lanza de esa ideología de la globalización, amplió sus funciones después de la crisis mexicana para incluir también las reformas estructurales y ha defendido de manera empeñada la desregulación financiera. El FMI ha intervenido en Asia y proporcionado 17.000 millones de dólares a Tailandia, 40.000 a Indonesia y 57.000 a Corea del Sur. A cambio, ha exigido presupuestos austeros, altos tipos de interés y la clausura o venta de bancos y monopolios como medios para restaurar la salud económica de estos países y acercarlos a las economías del tipo anglosajón.

Las consecuencias de la intervención del Fondo en Asia son conocidas. Han supuesto un enorme coste para llegar a la conclusión de que, después de todo, decía el FMI en un informe el otoño pasado, “la combinación de un sistema bancario débil y la liberalización de las cuentas de capital es una invitación al desastre.” También el G7 tardó en reconocer que la crisis no podía detenerse mediante sucesivas inyecciones de capital: hay que afrontar los problemas de fondo, cuyas implicaciones van más allá de lo económico. En palabras pronunciadas por el presidente Clinton ante el Council on Foreign Relations de Nueva York el 14 de septiembre de 1998, “donde los desórdenes económicos empujan repentinamente a millones de personas a la pobreza y alteran y desorientan la vida de la mayoría de la gente, se multiplican los riesgos de inestabilidad política y social y de renuncia a la democracia”.

La crisis asiática y su repercusión global obligan a construir sobre nuevas bases el orden económico internacional. El sistema de posguerra se ha ido agotando bajo el impacto de nuevos problemas y de soluciones meramente parciales. Es necesario gobernar la globalización, gestionar la interdependencia económica, para evitar —por una irrestricta circulación del capital— la reacción contra unos principios que, durante medio siglo, han sido fuente de estabilidad y prosperidad. La creciente complejidad de la realidad internacional y las limitaciones de los Estados exigen comenzar por entender que la política no puede ser una simple forma de determinismo económico que desconoce las diferencias entre naciones, culturas, estructuras socioeconómicas y niveles de desarrollo. A partir de la crisis asiática entramos en una nueva fase de la globalización.

La era de la reforma

La crisis marca también una nueva etapa en la historia de Asia, caracterizada por la necesidad de la reforma. La evolución histórica de Asia a lo largo del siglo XX ha registrado una llamativa divergencia entre la adaptación a los imperativos económicos de la internacionalización y la renovación de sus estructuras políticas. Como consecuencia, en su estrategia de modernización los Estados asiáticos habían preferido no ver algunos riesgos que se ceñían sobre su futuro. Mientras que se sostenía un alto ritmo de crecimiento no se atendieron ciertos desequilibrios socioeconómicos y, mientras se había producido una evolución más o menos generalizada hacia el pluralismo político, la democratización seguía siendo una asignatura pendiente.

Los países asiáticos se habían beneficiado del éxito económico y del fin de la guerra fría para asegurarse un orden en su conjunto eficaz. Pero este éxito resultaba peligroso, en la medida en que ha frenado la democratización y fomentado falsas ilusiones acerca del autoritarismo “suave” asiático. La crisis de fondo de la política en Asia reside en la creciente inadecuación de los Estados para afrontar los problemas cada vez más complejos planteados por el crecimiento económico y sus consecuencias sociales. En un número cada vez mayor de áreas, tienen que tomarse decisiones para las que no existen soluciones preestablecidas. Un Estado intervencionista debe ser ahora sustituido por una estructura económica más abierta y descentralizada. Por su parte, la liberalización política en curso desde los años ochenta también exigía una redefinición del papel del Estado, que debe atender las nuevas necesidades y mantener, simultáneamente, el proceso de reforma política y económica.

Con la crisis, que ha contribuido a sacar a la luz todos esos problemas, los países asiáticos se encuentran con un obstáculo inesperado y de enorme alcance en su evolución política. Las autoridades ya no podrán imponer la disciplina social y la religión del crecimiento con la facilidad de antaño. Los ciudadanos tampoco ofrecerán fácilmente su obediencia a cambio de unas ganancias materiales hoy aleatorias. Cada vez más politizadas, las sociedades asiáticas no siempre tolerarán que los poderes públicos presenten sus decisiones como inevitables: exigirán un examen más detallado del reparto social de los costes y beneficios de las políticas seguidas.

No resulta difícil prever, por tanto, que numerosos regímenes políticos de Asia van a afrontar una dura prueba a su cohesión. Si antes estaban ocultos por la ambición común del crecimiento económico y el poder nacional, los conflictos internos pueden ahora agravarse. El regreso de la pobreza y la destrucción de la clase media no constituyen las mejores condiciones para proseguir el camino de la modernización de sus estructuras. Por otra parte, el avance hacia la liberalización de sus sistemas políticos también puede verse detenido, ante otras prioridades que pueden considerarse —equivocadamente— como más urgentes. Todo ello supone un enorme reto para los Estados asiáticos, que ahora tienen que encontrar en ellos mismos los recursos para adaptarse a los cambios económicos y sociales que están viviendo.

*Los países
asiáticos se
habían
beneficiado
del éxito
económico y
del fin de la
guerra fría
para
asegurarse un
orden en su
conjunto
eficaz.*

Si en una primera etapa muchos de los Estados asiáticos fundaron su legitimidad en sus manifestaciones de independencia y de nacionalismo, ha sido luego el crecimiento económico —acompañado, no hay que olvidarlo, de una igualitaria distribución de la riqueza— lo que los reforzó. Pero eran Estados autónomos de la sociedad, que dirigían una economía orientada a la consecución de los intereses nacionales tal como eran percibidos y formulados por una burocracia tecnocrática.

El éxito de su estrategia vino a convencer a los líderes políticos, apoyados por las elites económicas, de la idea según la cual el orden, la disciplina y la obediencia eran la condición del progreso económico. Sin embargo, el propio avance en la industrialización estaba debilitando gradualmente la fortaleza y autonomía del Estado. A medida que la economía crecía en tamaño y complejidad, la intervención estatal resultaba más costosa: los grandes grupos empresariales se iban independizando de las orientaciones gubernamentales, al tiempo que una clase media cada vez más extensa demandaba una mayor participación en los beneficios del crecimiento económico.

El proceso de politización de un porcentaje cada vez mayor de los ciudadanos no puede detenerse. El imposible mantenimiento del crecimiento económico como única fuente de la legitimidad del Estado implica una etapa enormemente delicada, pero clave para el futuro de Asia. Los Estados, en un momento en que ha disminuido su capacidad como consecuencia de la emergencia de unas sociedades más plurales, continúan siendo indispensables para el mantenimiento de la unidad nacional —sobre todo en aquellos casos de sociedades pluriétnicas—, continuar avanzando en la industrialización, prevenir las distorsiones estructurales de la economía, las desigualdades en la distribución de la renta y responder a los desafíos de la globalización. Y para afrontar adecuadamente todos esos nuevos problemas, tienen que empezar por reconocer que el crecimiento económico sin desarrollo político ya no es sostenible.

Si las elites de Asia quieren superar la crisis, tienen que restablecer la primacía de la política. Los errores y fracasos han sido resultado de la ausencia de auténticas alternativas, de la falta de debate público y de reflexión crítica sobre el camino seguido. El excepcionalismo asiático que trataba de demostrar la no necesaria vinculación entre modernización y democracia queda, así, definitivamente enterrado.

El fin de la guerra fría en Asia

El crecimiento asiático es el resultado de una multitud de factores, pero no puede entenderse sin el contexto de la guerra fría. Para hacer frente a la victoria comunista en China y a la guerra de Corea, Estados Unidos proporcionó ayuda económica y militar a la reconstrucción de Japón, Corea del Sur y Taiwan. La reforma agraria en estos países, bajo impulso norteamericano, contribuyó también a su desarrollo e industrialización. La guerra de Corea aceleró el crecimiento japonés, de la misma manera que, posteriormente, la de Vietnam supuso un importante estímulo económico para Corea del Sur y Taiwan.

Desde los años cincuenta, los exportadores de esos tres países también ganaron un acceso privilegiado a Estados Unidos, mientras que simultáneamente practicaban el proteccionismo y controlaban las inversiones extranjeras en sus

mercados. Seguridad y crecimiento constituían los dos objetivos complementarios de la política norteamericana. Hasta los años setenta, esa política contribuyó a evitar la rivalidad entre las naciones asiáticas y les permitió acceder a la economía mundial.

A partir de los años ochenta, tres nuevos factores estaban modificando la estructura de la guerra fría en Asia: el mayor peso económico de Japón, el crecimiento chino y las cambiantes prioridades de Estados Unidos. El fin de la guerra fría coincidió con la confirmación de Japón como principal potencia económica en Asia, al convertirse en el principal inversor y donante de ayuda al desarrollo en la región, además de desempeñar un papel determinante en la industrialización de Malasia, Tailandia e Indonesia. China, por su parte, sin renunciar a su régimen comunista, había liberalizado su economía y comenzaba a registrar las tasas de crecimiento propias de sus países vecinos. Todo ello obligaba a Washington a cuestionar las prácticas comerciales y financieras de sus socios asiáticos y reorganizar las prioridades de su política regional.

Las circunstancias que habían permitido el desarrollismo asiático estaban, de este modo, desapareciendo. El fin de la guerra fría, aunque no implicó una disminución de la hegemonía norteamericana, sirvió para acelerar algunas nuevas tendencias. Como consecuencia del crecimiento económico sostenido de un mayor número de países, Asia se estaba convirtiendo en una región más integrada y compleja y, por primera vez, surgía la oportunidad de definir intereses comunes y reforzar las incipientes estructuras de cooperación. En ese entorno multipolar nació en 1989 el foro de Cooperación Económica del Asia Pacífico (APEC), mientras que la Asociación de Naciones del Sureste Asiático (ASEAN), fundada en 1967 con el objetivo fundamental de hacer frente al comunismo en la región, fue incorporando a nuevos Estados miembros y ampliando su agenda. A través de estas instituciones se buscaba el mantenimiento de la estabilidad y seguridad indispensables para su crecimiento.

La crisis financiera ha detenido radicalmente los tímidos avances hacia la integración y puede alterar el equilibrio de poder en Asia al modificar las relaciones entre sus potencias. La APEC y la ASEAN han resultado insuficientes como estructuras de integración regional. El sacrosanto principio de no intervención, fundamento de la ASEAN, impidió una respuesta colectiva y, de ese modo, aceleró la caída de las divisas de sus Estados miembros. Tampoco la APEC logró actuar de manera concertada, lo que restó credibilidad a los esfuerzos por afrontar las turbulencias monetarias. Ante una crisis de alcance regional que debía permitir la utilización de las instituciones multilaterales, las respuestas han sido básicamente nacionales. La última cumbre de la APEC en Kuala Lumpur, el pasado mes de noviembre, era esencial para buscar una salida común a la crisis y evitar un regreso al proteccionismo y a las medidas unilaterales. Los desacuerdos de fondo hacen que la liberalización del comercio intra-asiático —proceso que ya la cumbre de Vancouver del año anterior había definido como “voluntario”— se haya detenido, lo que pone en duda la razón de ser de la APEC y su potencial como instrumento de integración de las economías de Asia oriental.

La crisis también amenaza con romper la frágil estructura de relaciones políticas en la región. Cuando los presidentes de Filipinas y de Indonesia, José Estrada

*La crisis
también
amenaza con
romper la
frágil
estructura de
relaciones
políticas en la
región.*

y B.J. Habibie, quebraron el principio de no injerencia de la ASEAN para denunciar el arresto del ex ministro de Finanzas malayo, Anwar Ibrahim, no sólo dañaron las relaciones de sus gobiernos con Malasia, sino también la solidaridad de la organización. Lo que está ocurriendo en este último país es un símbolo para el resto del sureste asiático: los ciudadanos están perdiendo la poca fe que les quedaba en su gobierno, después de la crisis, y exigen una mayor participación en las decisiones. Pero mientras no se concreten las reformas y se consoliden sus transiciones políticas, la inestabilidad complica extraordinariamente el equilibrio estratégico asiático, revela la incapacidad del Foro Regional de la ASEAN (ARF) —único organismo regional de seguridad— para avanzar en la definición de intereses comunes y aleja las perspectivas de una Comunidad del Pacífico.

La ASEAN ya estaba sujeta a graves dudas sobre su identidad, como consecuencia de la inestabilidad de su país líder: Indonesia. Ello le ha restado influencia sobre sus nuevos miembros —Vietnam, Laos y Birmania— y le ha impedido impulsar su acuerdo de libre comercio (AFTA). Pero, sobre todo, la ASEAN no ha podido adoptar posiciones comunes en política exterior, hacia Camboya o hacia las reivindicaciones territoriales de diversos países en el mar de China meridional. Sin el liderazgo de Indonesia, la ASEAN no podrá actuar como contrapeso frente a China, su principal objetivo estratégico.

No será fácil reanudar la cooperación una vez que se supere la crisis. A Suharto no le importó mantener un limitado papel para su país y sumarse a un grupo de naciones más pequeñas. Sus sucesores, más preocupados por la reconstrucción de su economía y de su sistema político, quizá tengan que modificar la orientación exterior del país y recurrir a medidas unilaterales. Los restantes miembros de la ASEAN también tendrán que afrontar el relevo de sus clases dirigentes y una mayor complejidad en su vida política. Todo ello obligará a la organización a redefinir su naturaleza y objeto.

La pérdida de impulso del panasiatismo beneficia a China. Como potencia emergente, Pekín tiene un interés en negociar y tratar con sus vecinos bilateralmente y reducir todo esfuerzo por internacionalizar cuestiones de política exterior. Desde el punto de vista chino es preferible que no exista un sistema de seguridad colectivo o de cooperación, porque ese sistema tendería prioritariamente a contener a la mayor potencia. Esto explica que China haya sido un factor no menor en el lento desarrollo de la APEC. Algo parecido ocurre en el ARF: a Pekín le preocupaba que, tras la admisión de Vietnam en la ASEAN, la organización pudiera convertirse en una alianza vinculada con Estados Unidos y tácitamente antichina. Pekín mantendrá una política de equilibrio de poder, contraria a toda integración regional. Y ello plantea la cuestión esencial sobre el futuro de la seguridad asiática: las relaciones entre China y Japón y la actitud de Estados Unidos, cuyo examen escapa ya a estas páginas. Baste decir que la crisis parece confirmar una tendencia a medio plazo: la emergencia de China como principal potencia de la región a costa de Japón.

En la Europa de los años treinta, las dificultades económicas frenaron la cooperación y la competencia condujo al conflicto. Asia oriental ha evitado hasta ahora esa peligrosa escalada. Pero no se puede descartar la posibilidad de nuevas devaluaciones competitivas, el crecimiento de barreras comerciales y la prolifera-

ción de tensiones étnicas. Si los primeros intentos de reforma no logran frenarlas, los gobiernos de la región se verán tentados a recurrir a posiciones nacionalistas, que culpen a otros de sus problemas. La integración asiática siempre ha sido menos el producto de una voluntad que de una dinámica propulsada por las fuerzas del mercado. Con la crisis, la interdependencia económica se ve presa de prioridades nacionales más urgentes.

Crisis de transición

Charles Kindleberger, el gran historiador de la depresión del 29, escribió que hechos de este tipo no son una simple crisis de fin de ciclo, sino el fracaso de la transición de un determinado sistema de reglas e instituciones hacia otro nuevo. Algo parecido puede decirse de la tormenta asiática: no es una crisis cíclica tradicional, ni tampoco la crisis estructural de un determinado modelo económico. La heterogeneidad de Asia explica las distintas causas y ramificaciones de la crisis en sus diversos países. Lo que tienen en común es precisamente el haber acelerado la liberalización de sus sistemas financieros sin haber creado el marco regulador necesario, es decir, haber renunciado a un elemento esencial de su estrategia de desarrollo sin haber establecido las instituciones y normas que exigían su siguiente etapa económica.

La crisis resulta, en efecto, de una fase intensa de liberalización del comercio y de los mercados financieros, producto del cambio de las reglas: de las desarrollistas se pasó a las definidas como ortodoxas según el modelo angloamericano de la globalización. A partir de la apertura de sus intercambios comerciales y de los mercados de capitales, Asia se ha encontrado con un desequilibrio entre un modelo apoyado en la acción pública y la intervención del Estado y otro en el que el mercado parece abolir la necesidad de este último.

La crisis es, así, reveladora de la falta de preparación de los Estados, de las instituciones y las políticas públicas en Asia para afrontar transformaciones económicas fundamentales. Su naturaleza, por tanto, es esencialmente política: la regulación, la supervisión, la transparencia y el equilibrio entre el crecimiento rápido y la estabilidad del sistema económico y financiero es competencia de los gobiernos.

Con todo, la reforma del Estado no es suficiente para superar la crisis. Asia comienza una nueva etapa en su historia, que no sólo implica la elaboración y aplicación de un nuevo marco legislativo y reglamentario, que aumente la transparencia y reduzca las prácticas de clientelismo y corrupción. Asia necesita una transformación de las mentalidades y de las costumbres políticas, lo que supone una auténtica revolución cultural. Después de siglo y medio de colonización, de cuarenta años de guerra fría y treinta de crecimiento, Asia se encuentra de nuevo frente a su destino, un destino aún por definir.